

## Los Rohingya en Myanmar: un conflicto silenciado

Sonia Velázquez

Grado en Relaciones Internacionales

14 noviembre 2016

La situación en Myanmar sigue siendo hoy inestable y conflictiva. El gobierno birmano está desarrollando un proceso de apertura y se están llevando a cabo medidas para la pacificación en el país, pero el contexto sigue siendo delicado, especialmente teniendo en cuenta la situación de los rohingyas. Recientemente, el 9 de octubre, se han empezado a producir ataques por esta minoría, de una dimensión hasta ahora desconocida, al implicar en ataques simultáneos a una cifra no bien determinada pues se habló de más de 250 y de entre 500-800<sup>1</sup> asaltantes contra fuerzas de la policía en la frontera entre Myanmar y Bangladesh, con una planificación y tácticas hasta entonces no realizadas.

### Protestas y lucha guerrillera en Myanmar

La República de la Unión de Myanmar, Estado antiguamente conocido como Birmania, es la heredera del antiguo imperio hindú y budista que dominó la región entre los siglos X y XIII. En 1948 Birmania ganó su independencia a los británicos, para convertirse poco después en un Estado socialista con una economía nacionalizada y un único partido político. Los años 80 y 90 fueron especialmente turbulentos para el país y fue entonces cuando comenzaron los enfrentamientos internos y la lucha contra el gobierno en forma de protestas, encabezadas por la futura ganadora del Premio Nobel de la Paz en 1991, Aung San Suu Kyi, y que se prolongarían hasta principios de los años 2000.

En 2007 las protestas sociales crecen hasta alcanzar un punto de inflexión; este momento pasará a conocerse como la Revolución del Azafrán y estará en gran parte liderado por los monjes budistas del país, quienes intentan acabar con la mala gestión y la represión del gobierno birmano. En aquel momento Naciones Unidas intenta tomar partido para parar la persecución de las minorías en Myanmar y calmar la situación conflictiva del país, pero el veto de Rusia y China impiden cualquier movimiento y no será hasta la llegada del nuevo gobierno de 2010 cuando se calmen los ánimos en el país. En los siguientes años el Estado da algunos pasos hacia la apertura política y finalmente, en 2016 Htin Kyaw se convierte en presidente de Myanmar y elige a Aung San Suu Kyi como nueva Ministra de Asuntos Exteriores, Energía, Educación y Oficina Presidencial. A día de hoy, Myanmar sigue siendo uno de los países más pobres de Asia, pese a que intenta poco a poco salir de su aislamiento y avanzar en su progreso económico y comercial aprovechando su riqueza en recursos naturales. En este sentido, el país ha podido contar sobre todo con las inversiones externas de países como Tailandia o China.

Pese a la relativa mejora política y económica, lo cierto es que Myanmar aún tiene un largo camino por recorrer para convertirse en un Estado desarrollado y con una identidad nacional clara. Actualmente el Estado cuenta con una población de 51 millones de habitantes, de la cual el 89% practica el budismo Theravada. Aproximadamente un 4% de los habitantes son cristianos y otra minoría de similar proporción son musulmanes. Las regiones del centro del país son mayoritariamente budistas, mientras la minoría cristiana habita principalmente en los Estados de Chin o Kachin y los musulmanes viven al norte del Estado de Rhakine. Lo que puede considerarse una gran riqueza étnica, religiosa y social, es también uno de los mayores desafíos

<sup>1</sup> "Myanmar border attacks fuel tensions with rohingya muslim minority", International Crisis Group, 12 octubre 2016.

del país. Los Bamar o birmanos son el grupo mayoritario, pero las minorías suman de manera conjunta un 40% de los más de 50 millones de habitantes del país. Algunas etnias, como los Shan (9%), Karén (7%), Wa (4,5%), Mon (2%) y Kachín (1,5%), mantienen desde hace décadas guerrillas en contra del gobierno. Después de largo tiempo de negociaciones, en 2015 el gobierno de Myanmar firmó una tregua con varios grupos rebeldes del país. De los grupos firmantes, el de mayor relevancia es la Unión Nacional Karén, que llevaba en guerra contra el gobierno desde 1948. Sin embargo, en este acuerdo hay importantes grupos ausentes, como el Ejército del Estado Wa Unido, el Ejército para la Independencia de Kachín, el Ejército de la Alianza Democrática Nacional de Myanmar o el Ejército Arakan.

### Los Rohingyas

Además de los enfrentamientos con estos grupos, Birmania tiene un enorme desafío con la integración de la minoría musulmana. Los musulmanes birmanos son los llamados “rohingyas”, que habitan concretamente en el norte del Estado de Rakhine, donde pese a concentrarse, siguen siendo una minoría, puesto que son aproximadamente un tercio de la población. La situación social, civil y política de los rohingyas ha ido de mal en peor con el paso de los años. Como breve reseña sobre el estado actual de los derechos del grupo, cabe empezar por destacar que el gobierno nacional niega su existencia como grupo étnico propio. El gobierno birmano no reconoce a los rohingyas como ciudadanos y a menudo los funcionarios gubernamentales les describen despectivamente como “inmigrantes ilegales de Bangladesh” o “bengalís”. En términos étnicos, sí es cierto que los rohingyas tienen ascendencia surasiática y que están vinculados con los bengalíes de Chittagong, al otro lado de la frontera con Bangladesh, cuya lengua también es similar a la de los rohingyas. Sin embargo, hay indicios históricos de que los rohingyas llevan en el territorio birmano desde el siglo VIII. Los miembros del grupo sufren importantes restricciones de sus derechos humanos y civiles y viven segregados en pequeñas comunidades en Rakhine. En cuanto a restricciones, las familias rohingyas pueden tener un máximo de dos hijos, no pueden tener descendencia fuera del matrimonio y sufren graves limitaciones y multas a la hora de contraer matrimonio; los miembros de esta comunidad no pueden viajar sin autorización gubernamental y en caso de que intenten huir a otros países, son deportados o reclusos en campos de internamiento, sin tener derecho a asilo. Por si fuera poco, las autoridades tienen derecho a visitar e investigar los hogares de los rohingyas sin permisos previos, acciones que se han convertido realmente en un pretexto para violaciones, abusos y extorsiones.

Un gran conflicto con los rohingyas tuvo lugar hace cuatro años. El 28 de mayo de 2012 una mujer budista fue asesinada y violada en la localidad de Ramri, se cree que por tres hombres musulmanes. La información sobre el crimen se difundió de forma incendiaria y el 3 de junio un grupo de residentes rakhines de Toungop detuvieron un autobús y asesinaron brutalmente a diez musulmanes que iban a bordo. El 8 de junio los rohingyas deciden vengarse y se amotan en la localidad de Maungdaw, matando a varios rakhines y destruyendo sus propiedades. La violencia se extendió sin control entre ambas comunidades y el 10 de junio el gobierno decretó el estado de emergencia en seis localidades de Rakhine. Los incendios de casas y propiedades fueron cuantiosas, alrededor de 2.528 tanto de rohingyas como de rakhines budistas. Cuando el conflicto arreció, el gobierno nacional hizo su propio comunicado, pero sin utilizar en ningún momento la palabra “rohingya”.

El gobierno dio una cifra de 88 muertos y 90.000 desplazados, Posteriormente el conflicto volvió a encenderse en octubre con el resultado de 80 muertos y 20.000 desplazados. La cifra final resultante del conflicto en este año puede acercarse a los 200 muertos y 150.000 desplazados.

Los birmanos radicales y los monjes budistas han difundido una narrativa violenta y deshumanizadora sobre los rohingyas y ha calado hondo en la población de Myanmar. Los monjes budistas radicales cuentan con su propia asociación en el país (el llamado “Movimiento 969”, haciendo referencia a los atributos de Buda) y están hoy liderados por Ashin Wirathu, a quien se conoce como el “Bin Laden birmano”. Este grupo argumenta que los rohingyas suponen una amenaza como inmigrantes ilegales, los relacionan con actividades terroristas y mantienen que constituyen una amenaza a la pureza racial de los birmanos, debido a la alta tasa de natalidad de este grupo, a la poligamia y a la supuesta mayor fertilidad de las mujeres rohingyas<sup>1</sup>.

Si bien las atrocidades cometidas no son en ningún caso justificables, es importante ver que las acciones de este bando están guiadas parcialmente por el miedo y sobre todo por la intención de formar una unidad nacional y de defender lo que consideran “la verdadera identidad birmana”. Esta situación es especialmente fácil de ver tomando como ejemplo el caso de Aung San Suu Kyi. La ganadora del Nobel manifestó en el pasado su rechazo al trato dado a los rohingyas y ha hablado de la necesidad de aclarar las cuestiones relativas a la ciudadanía, afirmando que todas las etnias deben ser tratadas con igualdad, pero mantiene un enfoque algo vago sobre cómo actuar con la situación de los rohingyas y sobre si esta etnia lo forma ciudadanos “verdaderamente” birmanos o no. Así, en 2012, ante la cadena india NDTV dijo que “la violencia es algo que condeno completamente, pero [...] que la han cometido ambos bandos”. Un año después, ante la BBC, afirmó que no se está produciendo una limpieza étnica sino que ambas partes tenían miedo la una de la otra. La líder continuó afirmando que el poder de los musulmanes es muy amplio y que esta es una percepción compartida en todo el mundo.

En cuanto al conflicto en sí mismo, la situación de la minoría musulmana en Myanmar pone de manifiesto la importancia de las narrativas y como a través de un discurso se pueden llegar a acciones discriminatorias y violentas. Esta situación demuestra también a nivel global el miedo social ante la comunidad musulmana; si bien son acusaciones infundadas, las actuaciones terroristas y violentas de algunos miembros de esta comunidad en diferentes partes del mundo han creado una sensación de desconfianza y rechazo que han sabido aprovechar los budistas radicales en Myanmar. La integración de la minoría musulmana es un problema que podría prolongarse en el tiempo y extenderse también en el espacio, como ya ocurre en Bangladesh, donde los rohingyas son expulsados, detenidos o internados.

El gobierno ha desarrollado una campaña de verificación de la ciudadanía de los musulmanes indocumentados del país, intentando solucionar la situación de inestabilidad del país con un enfoque político, de seguridad y también de desarrollo, que permita la integración y convivencia de todos los grupos. Sin embargo, la negación del gobierno y de la comunidad de Rakhine a aceptar el término rohingya y el completo rechazo de la comunidad rohingya a ser definidos como bengalíes complica mucho cualquier acercamiento entre ambas comunidades. El proceso de verificación de identidades y de censo de la minoría musulmana pasa por solucionar este problema de identidades, lo que parece altamente difícil a día de hoy. El plan gubernamental trataría de evitar la segregación de la minoría, distribuyendo a los nuevos ciudadanos musulmanes en nuevos emplazamientos mientras que aquellos a los que

no se les otorgue la ciudadanía deberían permanecer en campos.

Este contexto resalta las dificultades que tienen los Estados más débiles hoy en día para conseguir una unidad nacional que permita el progreso económico, comercial y político y como estos países y poblaciones luchan por equilibrar su pluralidad étnica y social con el concepto de Estado nación que les permitirá desarrollarse en el mundo actual. El verdadero desafío del país es pues crear una identidad nacional inclusiva, que sea capaz de asimilar la diversidad cultural, étnica y religiosa sin acabar con la riqueza que supone dicha multiplicidad. La estabilidad y la paz no serán posibles en el Estado hasta que no haya un verdadero sentimiento de unidad. La consecución de dicho sentimiento no será un proceso breve en el tiempo y para que pueda conseguirse realmente será necesario atacar a las causas de raíz que provocan la inestabilidad, es decir, la falta de desarrollo y la pobreza crónica. Se necesitan pues planes de desarrollo para todo el país, de forma que no haya competencia entre las diferentes comunidades y que todas se sientan parte del crecimiento de Myanmar a partes iguales.

La apertura del régimen también ha traído mayor presión a nivel internacional para el gobierno birmano. Así, la crisis de los rohingyas ya no pasa tan desapercibida como hace unos años. El gobierno japonés, por ejemplo, que no suele inmiscuirse en este tipo de asuntos, no quiso hacer demasiados comentarios durante la visita de Suu Kyi al país nipón sobre el tema de los conflictos étnicos en Myanmar, pero también es cierto que el Secretario Jefe de Gabinete Yoshihide Suga afirmó que el gobierno se mantendría al tanto y observaría la situación en el país vecino. Otro ejemplo es el caso de EEUU; si bien el gobierno tendió la mano a Myanmar cuando comenzó su proceso de apertura, el Departamento de Estado anunció que era consciente de la existencia de informes que relataban abusos cometidos en Myanmar y que se tomaría esa información muy en serio.

A nivel internacional, el Estatuto de Roma define “genocidio” como cualquiera de los actos llevados a cabo con la intención de destruir, total o parcialmente, un grupo nacional, étnico, racial o religioso, tales como el asesinato de los miembros del grupo, daños psicológicos, dañar las condiciones de vida del grupo o medidas para evitar la natalidad en el grupo. Actualmente no se define en términos globales el conflicto de los rohingyas como un crimen de este estilo, pero no por ello deja de ser un contexto grave. Es fundamental que toda la comunidad presione a Myanmar para que continúe el proceso de integración pero también que ayude al país a cubrir las necesidades humanitarias y de protección de las poblaciones más vulnerables. En términos de presión, lo más importante sería el reconocimiento explícito de la situación, utilizando el lenguaje apropiado y no permitiendo el avance del discurso contra los rohingyas. Si bien no se esperan acciones concretas de ningún Estado, menos si se tiene en cuenta la serie de problemáticas actuales a nivel global y la frontal oposición que encontraría por parte de China cualquiera que intentara intervenir en el conflicto en Myanmar, no por ello el resto de Estados deben dejar de intentar frenar una situación conflictiva y de gravedad y que podría acabar teniendo importantes repercusiones en una zona de creciente importancia como es Asia Pacífico.

Pero el problema se ha complicado tras los ataques de octubre y noviembre de 2016 que han supuesto un cambio cualitativo y una seria escalada del conflicto implicando ya tácticas coordinadas de emboscada y de guerrilla por parte de grupos rohingyas- informaciones que sería necesario contrastar- y de operaciones de contrainsurgencia.

# UNISCI - Opinión sobre la situación

Aunque el gobierno ha bloqueado la zona y está conduciendo operaciones de limpieza, una vez cerrada la zona no permitiendo la entrada de periodistas ni la ayuda humanitaria, las informaciones sobre ejecuciones, abusos, violaciones y quema de viviendas se han sucedido, dando lugar a protestas y a la petición al gobierno por Naciones Unidas e incluso parlamentarios de los Estados de ASEAN de una investigación sobre estos abusos. El gobierno, y más en concreto Suu Kyi, ha negado estos abusos y ha lanzado una investigación, permitiendo la visita a la zona de los embajadores de diversos Estados, entre ellos, de Estados Unidos, China, el Reino Unido, la Unión Europea, India, Turquía e Indonesia, mientras que ha pedido contención a los militares, en una nueva tensión entre la nueva administración civil y el mundo militar.

Se impone como cuestión prioritaria evitar una radicalización, pero antes habría que clarificar si lo que está ocurriendo es el resultado de una reorganización militar de grupos de rohingyas y de qué tipo de apoyos exteriores pueden contar.